

Juan Francisco Bascuñán

SAUDADES

A mi mujer, Sofía,
a mi hija, Amma,
y al pequeño León

El hombre cuyo conocimiento del mundo solo esté gobernado por la ciencia, nunca va a entender lo que un hombre con una visión espiritual encuentra en los fenómenos naturales.

El agua no solo limpia sus miembros, sino que purifica su corazón, porque toca su alma. La tierra no sostiene su cuerpo únicamente, sino que alegra su mente, porque su contacto es más que un contacto físico, es una presencia viva. Cuando un hombre no se da cuenta de su parentesco con el mundo, vive en una prisión cuyas paredes le son ajenas. Cuando encuentra al espíritu eterno en todos los objetos, entonces se libera, porque descubre el significado más pleno del mundo en el que ha nacido; entonces se encuentra en la perfecta verdad, y se establece su armonía con el todo.

Extracto de "Sadhana", de Rabindranath Tagore

Premio Nobel 1913

SAUDADES

Juan Francisco Bascuñán

Planeta  Sostenible

SAUDADES

Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Fotografías de Juan Francisco Bascuñán Muñoz

1.ª edición, septiembre de 2017

© 2017 Planeta Sostenible Ediciones EIRL

© Juan Francisco Bascuñán Muñoz

© Daniela Cobos Bustamante

Ensayo "Pequeños relatos", Daniela Cobos Bustamante

Diseño y producción gráfica: Miguel Rojas y S Comunicación Visual

Asesoría editorial y corrección de textos: Susana Flores Herrera

Edición al cuidado de: Juan Francisco Bascuñán Muñoz

Impreso en Chile, en los talleres de A Impresores

ISBN: 978-956-8937-60-7

Registro de propiedad intelectual: 276750

www.planetasostenible.cl

Índice

Saudades Juan Francisco Bascuñán 11

Brasil, Amazonas 17

India 41

Chile, México y Ecuador 63

Epílogo 81

Pequeños relatos Daniela Cobos Bustamante 101

Reseña biográfica 111

SAUDADES

Las personas que presento en este libro las fui encontrando de manera azarosa en distintos viajes. Fueron encuentros casuales y fugaces ocurridos en un período de aproximadamente 10 años.

La gran mayoría de las tomas fueron guiadas por la intuición, es decir, alejadas del argumento y la razón. Aun así, los encuadres fueron directos y en muchos casos frontales, situación que podía suavizar por un momento especial, que ocurría apenas un instante durante los encuentros: apretaba el obturador justo cuando ambos –fotógrafo y retratado– teníamos conciencia de mirarnos. Era como si una parte de mí viajara a través del lente hacia el otro y una parte del retratado viajara hacia mí, de tal manera que lograba experimentar algo sorprendente: en cierta frecuencia el otro formaba parte de mi ser.

Este trabajo, que comencé sin objetivos claros, fue develándose durante su desarrollo, y solo ahora, ya concluido y siendo yo distinto al que lo comenzó, puedo comprender con mayor claridad sus motivaciones inconscientes, que son precisamente las que me interesa relevar en este libro.

Nostalgia de mundo

Cada vez que tomaba un avión y me dejaba en alguna ciudad que visitaba por primera vez, surgía en mí la extraña sensación de haber estado antes ahí y de que a sus habitantes, de alguna manera, los conocía. Eso era bastante confuso e inquietante y me producía una especie de ansiedad que podría llamarse de alma.

En estas peculiares circunstancias de ser un turista observador –que además observa a través de una cámara–, se me hacía más patente una sensación de vacío, de falta de completitud, que solo podía aliviarse en parte acercándome y retratando a extraños, como una forma de apropiación del otro.

Este trabajo se relaciona con esa necesidad de llenar una falta o una pérdida, una necesidad guiada por algo muy etéreo, muy sutil, un vago recuerdo de totalidad y no de fragmento, de sensación de haber pertenecido a una comunidad donde todos estábamos más unidos y conectados.



Estando en India, conocí más de cerca la obra de Rabindranath Tagore. Su vida estuvo llena de eventualidades, a pesar de ello deslumbra al mundo por una obra multifacética: se inició en la música, siguió en el teatro, luego la literatura, la pedagogía, la política, la filosofía, las relaciones internacionales, hasta llegar, al final de su vida, a la pintura. Sobre esta expresión comentó que, más que cualquiera otra disciplina artística, la pintura lo ayudaba a superar una cierta nostalgia del mundo, un estado de separación que solo puede resolverse con el creciente deseo de fusionar la unicidad individual con el todo universal.

Tagore también dijo alguna vez que en la plenitud de su vida había tenido una experiencia mística que lo marcaría, la describe como una suerte de visión espiritual que le permitió entender la unidad de todo lo existente y verse a sí mismo como parte integrante de esta unidad.

Esta sensación de unidad, esta experiencia de hacerse uno con el todo, pareciera estar en el origen de la mayoría de las tradiciones espirituales y llámese como se le quiera llamar a este estado: nirvana, satori, iluminación o insight, mueve al mundo. Y por lo mismo creo que ello ha estado de telón de fondo en todos estos retratos. De alguna manera he intentado tocar aquella parte universal que hay en cada uno de nosotros registrando a la vez nuestras diferencias formales de seres situados y concretos.

Yo soy eso

Entonces, si todos estamos supuestamente unidos, ¿a quién realmente estoy fotografiando cuando estoy fotografiando? O ¿a quién ve usted cuando observa los retratados de este libro?

¿Dónde comienza la línea fronteriza entre yo y el otro? ¿En la cámara, el lente, la película, en mi ojo? ¿Qué parte específica me separa? ¿Existe realmente una separación?

Si miramos con el ojo de la mente dual hay un observador, un proceso de observación y un observado. Quién podría negar que cada uno de nosotros siente algo fundamental: un yo, un ser que experimenta, que siente y que además habita en nuestro interior.

Bajo este supuesto, resulta lógico decir: Yo, a través del acto de fotografiar, fotografío a mi objeto fotográfico.

¿Pero existe un yo? Existe, pero creo que lo que existe es una ilusión a la que tomamos por verdadera.

Es posible entonces plantear: ¿existe alguna de las fotos que presento en este libro, si no hay un observador de las fotos de este libro?, ¿existe un observador de este libro, si el libro no existe? o ¿existe el acto de observar este libro si no hay un observador o un libro?

Y es muy posible entonces responder que parece que no.

Que yo observe, el observar y lo observado están completa y absolutamente implicados y unidos, no existen por separado, solo existe la experiencia presente de observar.

Cuando miro este libro, puedo ver sus pliegues, sus colores, sus letras, sus imágenes pero ¿puedo mirar al que lo mira?

Tal vez no, y no lo puedo mirar porque no está en ningún lado, es decir, no existe.

No lo puedo hallar porque solo existe la experiencia de ver. No hay un observador que vea lo que está viendo, solo existe la experiencia continua.

No hay separación real entre yo y la experiencia, yo soy la experiencia. Esto implica decir que yo y el otro somos la misma cosa, y esto es independiente de que lo queramos o no. La experiencia de unidad es siempre, la separación no es más que un juego de ilusiones al que le damos el peso absurdo de verdad.

Lo anterior, que no es más que una síntesis del concepto de "conciencia sin fronteras" de Ken Wilber¹, tiene enormes repercusiones en nuestra manera de ver, entender y relacionarnos con el mundo. Sin embargo me interesa destacar dos cosas a propósito de esta introducción.

En primer lugar, la pretendida objetividad de la fotografía –característica con la que se demarcó originalmente de la pintura– es también una ilusión.

La fotografía no es ni verdadera ni objetiva. Para ver objetivamente una cosa y ser reflejo de la verdad, tendría que salirme de la realidad y desde allí fotografiar. Pero no me puedo salir del mundo para describir el mundo en su conjunto porque soy el mundo y por lo mismo no hay una realidad fuera de mí.

1. *La conciencia sin fronteras*, Editorial Kairos, Barcelona, 1987.

Toda fotografía es subjetiva, por lo tanto siempre hay una manipulación de la realidad. Lo anterior es tan solo la forma en que funciona la cognición, lo erróneo es pretender darle a esta expresión artística una cualidad de objetividad que no tiene por la naturaleza de las cosas.

La segunda idea es que mi intento de superar ese sentimiento de fragmentación existencial a través de fotografiar personas en algunas partes del mundo, resulta ser inútil, por la sencilla razón de que yo soy los otros, siempre he estado conectado, siempre he sido unidad.

Y esto no es algo que yo pueda alcanzar, sino algo que debo reconocer. No se trata de destruir fronteras sino de reconocer la naturaleza ilusoria de las mismas.

■ ■ ■

Si mi intento por capturar el alma de los otros a través de la fotografía resulta equivocado, al menos puedo rescatar la intención en esa búsqueda.

Y esa intención me ha llevado a comprender que no es tan relevante qué es lo que miro, sino cuáles son los procesos intelectuales y emocionales involucrados en el mirar y registrar.

Prestar atención a los procesos involucrados en mi cognición e identificarlos me permite saber con qué filtro realmente estoy registrando la vida, me permite reconocer quiénes son los artistas que actúan en el escenario de mi conciencia, lo que me ayudará a no identificarme con ellos para no crear un falso yo y a no repelerlos, pues esto solo los atrae.

Este proceso de autoconocimiento y de hacer conscientes los procesos que operan internamente, es fundamental. Evita la esclavitud a que nos someten nuestras pasiones y distorsiones cognitivas y nos alienta a la búsqueda de una verdadera libertad.

Mirar cómo miramos y saber qué fotografiamos cuando fotografiamos, nos involucra en un viaje maravilloso que es descubrir en definitiva quiénes somos.

Juan Francisco Bascuñán Muñoz

BRASIL
Amazonas





Pirarucú
Centro japonés, Manaus, 2002



Hombre en espera de corte de pelo
Río Onini, 2002